

La muerte nos despose.

(Se hiere y cae al lado de Macías.)

FERN. ¡Alvar!

(Al conocer su intención hace seña á Alvar, que está más cerca de Elvira, que la detenga.)

ELV. (Cayendo.) Dichosa  
Muero contigo.

FERN. ¡Ya no es tiempo!

MAC. (Haciendo un último esfuerzo.) Es mía  
Para siempre... sí... arráncamela ahora,  
Tirano.

FERN. ¡Qué furor!

MAC. Muero contento. (Expira.)

ELV. Llegad... ahora... llegad... y que estas bodas  
Alumbren... vuestras... teas... funerales.

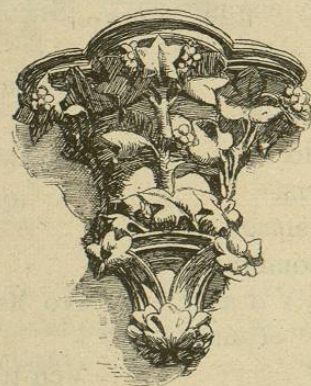
(Expira. Se oye ruido de muchas personas que llegan cerca.)

FERN. ¡Qué rumor!

BEAT. (Dentro.) ¡Ah! Corred.

FERN. (Agitado.) ¿Quién?... ¡Qué zozobra!

BEAT. (Dentro.) Acaso es tiempo aún.



ESCENA V

ELVIRA, MACÍAS, FERNÁN PÉREZ, ÁLVAR, SUS SEIS  
ARMADOS, BEATRIZ, DON ENRIQUE, NUÑO  
HERNÁNDEZ, RUI PERO, FORTÚN, PAJES; DOS  
HOMBRES CON TEAS

(Entran por la izquierda con las espadas desnudas; al otro lado se reúnen los demás.)

BEAT. ¡Ah! no. ¡Ya es tarde!

(Ve al entrar á Elvira, corre á ella y la coge una mano.)

NUÑO. ¡Mi hija! (Hace lo mismo.)

BEAT. ¡Elvira!

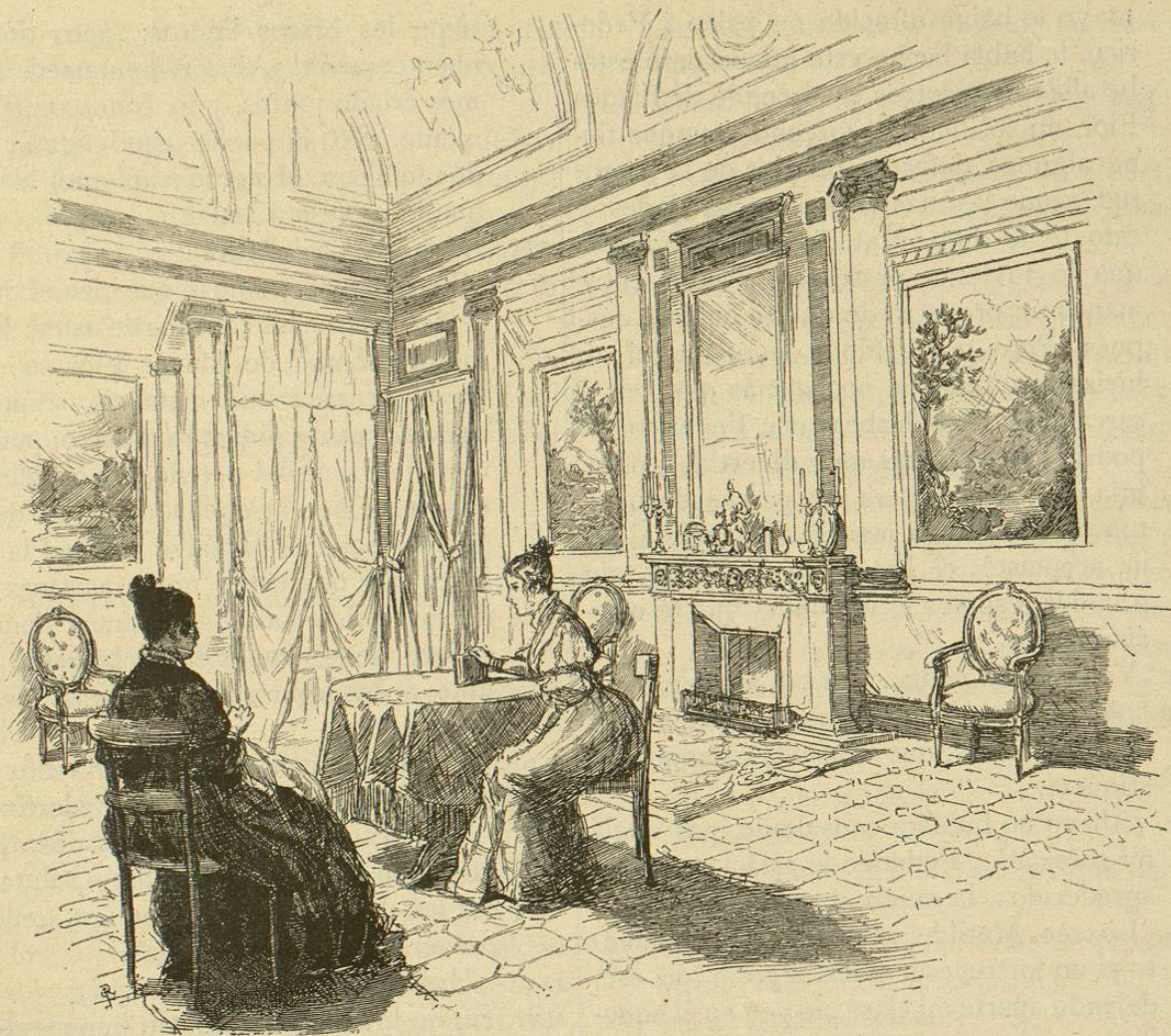
ENR. (Asombrado.) ¡Hernán Pérez!—¡Vues-  
(tra esposa!

¡Macías!—¿Qué habéis hecho?

FERN. Me vendían.

Ya se lavó en su sangre mi deshonra.

(Cae el telón sobre este cuadro final.)



FELIPE

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

PERSONAS

Doña Isabel  
MATILDE, su sobrina  
Don FERNANDO, vizconde  
de Blanca Flor

FELIPE  
FEDERICO  
LORENZO  
Criados

La escena es en Madrid en casa de doña Isabel.

ACTO PRIMERO

El teatro representa una hermosa habitación con una puerta en el fondo y otras dos laterales; la de la derecha del actor es la del cuarto de Matilde; la de la izquierda la del de Federico. A este lado un velador; al otro una mesa grande con tintero, etc.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ISABEL y MATILDE, sentadas

(La primera borda, la segunda deja un libro en que ha estado leyendo.)

MAT. Pero, querida tía, ¿es algún delito acaso interesarse en la suerte de Federico? Es tan bueno, tan amable, tan desgraciado...

Un joven huérfano, aislado, que nunca ha conocido á sus padres... ¿Usted misma no le recogió en su casa desde su más tierna infancia? ¿No le ha dado usted una educación nada común?...

ISAB. Eres muy niña todavía, Matilde. Es verdad que no es un delito querer á Federico; que lo merece, ¡ah! sin duda; pero una joven de tus años debe ocultar sus sentimientos, y...

MAT. Señora...

ISAB. Sí, hace días que tenía ganas de hablarte de esto; noches pasadas fuimos á la ópe-

ra; yo le había ofrecido mi palco á Federico, le había hecho este honor; pero estaba allí con nosotros el vizconde de Blanca Flor, mi sobrino. El vizconde, aunque tiene algunos defectos propios de la juventud, reúne las más brillantes cualidades; y esto te lo digo, Matilde, porque quisiera que lo tuvieras presente... Tengo entre manos un proyecto de que te hablaré después. Pero, volviendo á la ópera, tú no hiciste en toda la noche más que reír á carcajadas, y chichisbear con Federico. El podría decirte cosas muy divertidas; pero, hija mía, en la ópera no parece de buen tono reírse de esa manera. Después al salir aceptaste el brazo de Federico, sin guardar respetos al vizconde, que te ofrecía el suyo.

MAT. Yo creí que podía... Es tan amable...

ISAB. ¡Ah, no, no! es preciso que te acuerdes de quién eres, que consultes siempre la etiqueta.

MAT. ¡Ah, yo no hubiera consultado más que á mi corazón!... Federico le está á usted tan agradecido... la quiere á usted tanto...

ISAB. Lo creo, Matilde; y tendría un sentimiento si no lo creyese; pues, á pesar de eso, dejando aparte mi clase, no veo en él aquellas consideraciones y respetos que yo pudiera exigir de un joven que debe á mí todo cuanto es... Sin ir más lejos, ahí tienes, él vive en mi misma casa como un hijo, nunca le he negado la entrada en mis *suarés*; él pudiera venir todas las noches á formarse, á aprender los modales de la buena sociedad, las maneras del buen tono; pero, tú misma lo ves, apenas parece alguna noche.

MAT. Pero, tía, sea usted imparcial también. Esa sociedad será muy hermosa... pero no es divertida.

ISAB. ¡Cómo, Matilde!

MAT. Quiero decir, para un joven como él... no oír hablar de otra cosa más que de la antigüedad de nuestro apellido, de los veros y cuarteles que entran en nuestro escudo, de las proezas de los Hurtados de Mendoza... yo misma, y eso que soy de la familia, le aseguro á usted que muchas veces...

ISAB. Matilde...

MAT. ¡Con que con cuánta más razón se fastidiará ese pobre Federico, joven, vivo, atolondrado! ello es verdad, yo lo confieso,

tiene los cascos ligeros; ¡pero tiene tan buen corazón! ¡Ah! Créame usted, nos hemos criado juntos, y lo conozco perfectamente. No se puede usted figurar hasta dónde llega el agradecimiento, el cariño que le profesa á usted.

ISAB. ¿Lo crees así, Matilde?

MAT. Ciertamente, y sino lo que hizo el día que se desbocaron los caballos de usted. Mi primo el vizconde de Blanca Flor se estaba en la acera á una distancia respetable, dando voces y pidiendo socorro; pero Federico se arrojó á detener los caballos con riesgo de ser atropellado, y los detuvo. ¿Quién sabe si le salvó á usted la vida? Pues para que usted no se asustara viendo su vestido roto y sus manos llenas de sangre, se escabulló entre la gente y me vino á encargarme que no dijera una palabra.

ISAB. Y tú lo has callado: has hecho muy mal, y yo no sabía nada. ¡Pobre Federico!

MAT. Yo creo, aquí para entre las dos, que el rango de usted le intimida. ¡Cuántas veces me dice!... porque conmigo tiene sus conversaciones muy tiradas.

ISAB. ¡Hola!

MAT. Sí; no le debo parecer tan imponente como usted... Pues cuántas veces me dice: «¡Ah! que no tuviera yo una ocasión para probarle á mi bienhechora mi agradecimiento! ¡Con qué placer daría mi vida por ella!... Si al menos estuviese casada, yo podría ser útil en algo á su esposo... si fuese militar yo le seguiría á la guerra, mi cuerpo le serviría de escudo...»

ISAB. ¿Eso dice?

MAT. Sí, señora; y por cierto que esto me ha hecho pensar muchas veces en una cosa... ¿Por qué no se ha querido usted casar nunca, querida tía?

ISAB. (*Sorprendida.*) ¿Por qué? Porque... esa es una pregunta pueril, y...

MAT. Pues á mí me parece que siendo de tan buena familia y con dinero, no hubieran faltado muchos que...

ISAB. Sí... de buena familia... por lo mismo es preciso casarse con un igual, y éstos son pocos. Tú piensas como mi hermana: reconozco en tí las ideas de tu madre, que, en lugar de seguir mi ejemplo, escogió en una clase muy inferior un marido que tenía dinero, pero nada más.

MAT. Verdad es; dicen que mi padre no era no-

ble, y que era millonario; pero para eso quería mucho á mi madre, y la hizo tan feliz que...

ISAB. ¡Ah, no! esa no es una disculpa; la felicidad á que puede conducirnos una falta no basta para justificarla.

MAT. Pues á no ser por esa falta no tendría usted ahora á su lado á una sobrina que la acompaña, y la quiere, y...

ISAB. Yo te lo agradezco, Matilde; pero... Alguien viene; será Federico, á quien he enviado á llamar, y que ya tarda demasiado. No, es Felipe.

## ESCENA II

Dichas; FELIPE, con unos papeles en la mano.

ISAB. ¿Qué es eso, Felipe?

FEL. El correo y las cuentas del mes, porque hoy es el 1.º

ISAB. Bien, bien. ¿Para qué las he de ver?

MAT. Bien se puede fiar en Felipe: no es un mayordomo adocenado.

ISAB. ¡Oh! Felipe es todo un hombre de bien. Yo, gracias á su celo, tengo fama de ser dos veces más rica de lo que en realidad soy; gasto muchísimo; no sé lo que son deudas; y siempre tengo dinero á mi disposición...

FEL. Señora, no hago más de lo que debo: mire usted...

ISAB. Es inútil, Felipe.

FEL. La señora nunca quiere ver lo que firma; pues eso es muy mal hecho; vamos, léalo usted, léalo usted; es preciso. (*Isabel pasa junto á la mesa para examinar los papeles.*)

MAT. Es particular, en toda la casa nadie se atreve á hablar á mi tía con ese tono, y sin embargo no se enfada. Estos criados antiguos tienen derecho para todo.

FEL. (*Acercándose á Matilde.*) Hago mal... lo conozco, señorita, pero un antiguo militar no puede hablar como un cortesano.

ISAB. ¿Qué es esto? (*Leyendo.*) «Limosnas que ha dado la señora, tres mil reales.» Esto sube muchísimo más que otros meses.

FEL. Señora, es usted tan caritativa... y los tiempos están tan malos, que todos acuden aquí, artesanos indigentes y sin trabajo, soldados pobres que han derramado su sangre en los campos de batalla; en fin, compañeros antiguos de armas, benéficos también cuando podían, como yo.

ISAB. ¡Ah, sí, sí! á Felipe debemos en cierta

época el habernos salvado de algunos peligros.

MAT. Entonces, ¿qué extraño es que le esté usted agradecida?

ISAB. Acabemos... «Asistencias de Federico, mil reales.» Esto es demasiado para un mes.

FEL. ¿Demasiado, señora, para usted que le ha criado, que le protege?... Es preciso hacer las cosas completas... que se instruya, que aprenda, que tenga maestros... ya sabe usted que el que no posee bienes de fortuna necesita tener algún mérito.

ISAB. Eso es precisamente de lo que él debería estar convencido... Yo te he puesto á su lado, Felipe, para que le sirvas de ayo, de amigo. Y no estoy nada contenta con él, ni contigo tampoco: tú le echas á perder, le mimas; no tienes carácter: yo sé que muchas noches se recoge á deshoras...

FEL. Señora...

ISAB. Ayer noche no le ví.

FEL. ¡Dios mío!

ISAB. Esta mañana le envié á decir que bajase, y aun no ha parecido.

FEL. Salió muy de mañana: tiene un repaso de leyes, creo; en fin, trabaja tanto, que á veces se pasa la noche...

MAT. ¿Lo ve usted, tía? Al fin enfermará.

ISAB. Ah, no, no; de ningún modo: tampoco quiero que trabaje tanto: yo se lo prohibiré.

FEL. ¡No, no es menester!

ISAB. (*Cogiendo una bolsa.*) Toma, ahí tiene su trimestre; dáselo de mi parte, y encárgale sobre todo la economía y la buena conducta.

FEL. Bien, señora: pero ya podía usted tener un poco más de indulgencia: tiene sus faltas, pero si es un muchacho: es atolondrado, pero es pundonoroso; y en fin, si yo estuviera en su lugar puede que fuera peor que él.

VIZ. (*Dentro.*) ¿Todavía no han almorzado? Perfectamente.

ISAB. Esta es la voz de mi sobrino.

## ESCENA III

Dichos; el VIZCONDE, en un elegante negligé.

UN LACAYO. (*Anunciando.*) El señor vizconde de Blanca Flor. (*Felipe arregla los papeles junto á la mesa.*)

VIZ. Querida tía, siempre á los pies de usted adiós, prima; hoy estoy muy madrugador yo mismo estoy absorto de verme en pie

casi á la misma hora que todo el mundo.  
 ISAB. ¡Pues cómo ha sido eso!  
 VIZ. ¡Oh! Lo he tomado desde más atrás: no me he acostado esta noche.  
 FEL. ¡No se le puede pedir más arreglo!  
 MAT. Excelente conducta, vizconde.  
 VIZ. Verdad es que podía ser mejor; pero, hija, hay tantos bailes este invierno, las noches son tan cortas, la vida se pasa en un momento.  
 ISAB. ¡Almuerzas con nosotras! Matilde, anda, dispón que no tarden.  
 MAT. Voy, tía. Primo, con tu permiso: adiós, Felipe.

## ESCENA IV

FELIPE; ISABEL, sentada, firmando los papeles que le va presentando Felipe; el VIZCONDE.

VIZ. He venido en primer lugar á almorzar con usted, y en segundo, querida tía, á darla las gracias. ¿Ha visto usted ya al del caballo?  
 ISAB. Demasiado á menudo le veo.  
 VIZ. ¿Cómo ha de ser, tía mía? esos malditos caballos ingleses no tienen precio. Yo, la verdad, los caballos y la ópera... si el diablo me ha de llevar será por ese lado.  
 FEL. El señor vizconde cambia tan frecuentemente...  
 VIZ. Cierto, es lo que yo digo: yo gasto lo mío y lo de mi tía, y lo de... pero ¡qué diantre! es preciso brillar en el mundo, que hablen de uno, y no ajustar nunca cuentas.  
 FEL. ¡Sobre todo cuando el dinero es de los demás!  
 VIZ. No hay otro camino. Si siquiera tuviéramos una guerra, sería un ahorro para mí; porque entonces ó me matarían pronto ó yo daría que decir, y de este modo me saldría más barato.  
 ISAB. ¡Cómo! ¿Exponer tu vida? ¿Estás loco? El último vástago de la familia... de ningún modo; y ahora que viene á cuento debieras acordarte de quién eres muchas veces, y tener más moderación... ¿qué lance era aquel de que se hablaba tanto ayer?  
 VIZ. ¿Qué, sabe usted...? ¿Y eso ha podido incomodarla á usted?  
 ISAB. Y mucho.  
 VIZ. Sin embargo, bien sabe usted mi destreza, y lo que es en ese lance tenía yo razón. Yo había visto en el teatro... ya sabe usted donde me pongo siempre, tía; desde allí asesto mi antejo; pues bien, había visto

á una bailarina... un cuerpo, unos ojos, una alma, Señor, una alma, y sobre todo un piececillo... ya puede usted figurarse, tía, quién.

ISAB. ¡Fernando!  
 VIZ. No tenga usted cuidado. Pues, señor, es la sal del mundo: quisieron hacerme creer que tenía un rival.  
 FEL. ¡Cómo es posible!  
 VIZ. Yo pensaba como Felipe, no quise creerlo; pero en estos tiempos suceden tantas cosas increíbles... Pues, señor, vuelo á casa de mi bella, que estaba en su tocador; voy á levantar el pestillo... buenas noches estaba echada la llave, y oigo una vocecilla de primo basso que me responde: «¿Quién va?»

ISAB. ¡Ay, Dios mío!  
 VIZ. No quedaba duda; otro hubiera alborotado, hubiera dado una campanada: yo por el contrario no pudiendo remitir mi cartel á mi hombre, escribo en la puerta con el lapicero de mi cartera: «El amante de mi querida es un necio, y le aguardo en el Prado: fulano de tal.»

ISAB. ¿Y fué?  
 VIZ. ¿Cómo si fué? Fueron tres: según parece todos habían ido leyendo uno tras otro mi epístola, que por lo visto ha venido á ser una circular.

ISAB. (*Levantándose.*) ¿Y os habéis batido?  
 VIZ. Inmediatamente, y con mis tres paladines: herí al uno, desarmé al otro, y almorcé con el tercero, un joven excelente, que no me quiso dejar; porque en los desafíos, es delicioso, se hace uno amigos á todo trance: éste me llevó después á una casa, donde hemos pasado una noche divina, una casa de... en fin, una casa... y allí por más señas encontré á su amigo de usted, Federico.

FEL. ¿Federico?  
 ISAB. ¡Qué dices, Fernando!  
 FEL. El señor vizconde se equivoca; eso no puede ser.

VIZ. ¡Me equivoco, y le he hablado yo mismo! Por cierto que extrañé mucho verlo en aquel sitio, y cuando yo salí á las seis de la mañana aun quedaba allí.

FEL. ¡Que no te se secara la lengua!  
 ISAB. (*Mirando á Felipe.*) Había salido temprano esta mañana para trabajar... ¡Bien está! Y esa casa es...

VIZ. ¿Qué se yo?  
 FEL. Pues el señor vizconde estaba...

VIZ. Sí, yo... pero amigo mío, yo... es muy diferente; pero un pobre diablo como él, que no tiene un cuarto... esto pudiera ser muy alarmante; eso es todo lo que puedo decir, no quisiera tampoco ofenderle.

FEL. ¡Ah, no, no! hable usted por Dios, no nos haga usted sospechar más de lo que tal vez habrá: aun que hubiera ido á esa casa por divertirse, por alguna muchacha, como la del señor vizconde... (*Sorpresas del vizconde.*) ¿qué sé yo? y ¿por qué no? á su edad...

ISAB. Felipe, el señor vizconde no te ha dirigido la palabra.

VIZ. Sí; pero el señor don Felipe la toma por sí y ante sí: es elocuente, eso siempre compone parte del lujo de un mayordomo; también le costará á usted más caro.

FEL. ¡Por vida de...!

ISAB. Felipe, calla; ¿olvidas...? Fernando, vamos, y sobre todo delante de Matilde nada de aventuras, ni relaciones, ni... cuando estamos á punto de manifestarla nuestros proyectos, no convendría que tus locuras...

VIZ. ¡Bah! ¿Eso qué importa? Mientras que sea soltero... ahora, en casándome...

ISAB. ¿Serás más prudente?

VIZ. ¡Oh, entonces sí!

ISAB. (*A Felipe, al salir.*) Estoy descontenta.— Fernando, dame el brazo. (*Saliendo.*) Muy descontenta.

## ESCENA V

FELIPE

Muy descontenta; pues, á eso no hay que responder; hablador, bachiller, con sus relaciones y su aire de desprecio... ¡despreciar á Federico! Comete faltas, es verdad, pero eso nada le importa á él, ¡sino á la señora y á mí! (*Tomando en peso la bolsa.*) ¡Pobre muchacho! Su trimestre... no pesa gran cosa; y por esta vez no hay que esperar suplemento: esta es la ocasión de socorrerle sin que él lo sepa. (*Mira al rededor y busca en su faltriquera.*) Precisamente aquí traigo algunos ahorros que iba á imponer... no soy un ricachón, pero al fin con un poco de arreglo nunca faltan algunos cartuchos para servir á los amigos (*Coge un rollo de monedas.*): se encontrará con su paga algún tanto aumentada, pero creará que es la señora. (*Mete algunas monedas de oro en la bolsa.*) ¿Dónde diablos puede haber pasado

la noche? No venir á dormir, ponernos en cuidado... ¡oh! esto es muy mal hecho; no veo de cólera. (*Vaciando todo el paquete.*) ¡Eh! echémoslo todo, y se acaba más pronto. (*Va hacia la izquierda.*)

## ESCENA VI

FEDERICO; LORENZO, FELIPE

FED. (*En el fondo, á Lorenzo.*) Anda, que no te vea nadie; entra en el cuarto de Matilde, pon esta carta sobre su almohadilla, ó en su cartera de dibujo: toma, es el último dinero que me queda. (*Lorenzo entra.*)

FEL. El es.

FED. (*Dejando su sombrero y su bastón sobre la mesa de la derecha.*) Sí; lo sabrá todo; pero cuando yo esté lejos. (*Atraviesa el teatro, y se arroja sobre un sillón junto al reloj. Felipe, que está en el fondo á la derecha observándole, se acerca.*)

FEL. ¡Cómo viene! Abatido, estropeado, parece que acaba de andar cien leguas á marchas forzadas: ¡pobre Federico!

FED. Puede ser que me tenga lástima. ¡Ah! Felipe.

FEL. (*Mudando de tono.*) ¡Gracias á Dios! ¡Voto va! ¿No le da á usted vergüenza?

FED. Felipe, por Dios, te suplico que dejes esas reconvenções: no estoy para oír las.

FEL. Y las tiene usted que oír sin embargo. ¿Qué significa esto? ¿Qué vida es esta? Poner á toda la casa en cuidado, y sobre todo á mí y á la señora.

FED. (*Levantándose.*) ¿La señora dices? ¿Pues qué, Felipe, sabe?...

FEL. Todo lo sabe: por más que he mentido para disculpar á usted, que no hubiera hecho otro tanto por mí, no ha querido oírme, está furiosa con usted.

FED. No me faltaba más que esto: todo lo hubiera arrostrado: yo había tomado ya mi resolución, pero su cólera... ¡ah! no, jamás; yo, que daría mi vida por ahorrarle un disgusto...

FEL. Bien está; ¿pero qué, no teme usted también desazonarme á mí, que soy su apoyo, que ausente ó presente estoy siempre á la mira para velar sobre usted, para defenderle? ¿Para mí no hay agradecimiento?

FED. Sí, Felipe, sí; te pido mil perdones; soy un loco, un ingrato, ó más bien soy un desgraciado, eso es lo que soy, nada más.

FEL. ¡Desgraciado! (*Con frialdad.*) Ya lo en-